



GENOCIDIO Y CRISIS*Nancy De La Hoz**

En el siguiente escrito propongo un acercamiento inicial al contexto socio político en el que el terror, asesinato y genocidio, se convirtieron en habituales y necesarios al mantenimiento del poder en un Estado que, al tiempo que ejerce el terror, mantiene unas instituciones que cohabitan con ello reclamándose democráticas. Para tal fin, iniciaré con una aproximación histórico-conceptual de “genocidio”, y así mostrar en seguida el modelo genocida que opera y que somete a crisis el Estado democrático; concluyendo este texto con la prevención del genocidio.

El concepto y su raíz política

El *genocidio* como concepto tiene una historia de controversias. Es un concepto en disputa, que enfrenta lo que la historia ha recogido como verdad, con lo que estamos viviendo en la actualidad, en tanto hay eventos del pasado que aún tienen expresión en el presente y que nos permiten una narrativa con la cual es posible un ejercicio de reconstrucción, siendo tal ejercicio el que asegura que se conserve el eje de la historia y que éste no se separe del concepto, derivándose a otro tipo de prácticas distintas, tales como, la teoría de los “dos demonios”, propia de las guerras de baja intensidad de décadas pasadas en América Latina en la cual media la necesidad de defensa en el terreno y que es más dable en el contexto de una guerra civil, que puede oponerse a la idea de la programación del exterminio, es decir, a la sistematicidad. De manera que, también está en juego el esquema explicativo hegemónico.

La raíz política del concepto de *genocidio* fue mutilada tempranamente, uno o dos años después de haber sido aceptado. El concepto en realidad cobra significado pleno después de la Segunda Guerra Mundial. El término fue creado por Raphael Lemkin, abogado polaco consejero de los Estados

* *Fundación Walter Benjamin*

La tarea de desnaturalizar así el concepto de genocidio, alejando de él el elemento político, ha cobijado al concepto de “terrorismo de Estado”, considerándolo como una cadena de violaciones y “malas prácticas” de funcionarios aislados (“manzanas podridas”)

Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y fue concebido como la *aniquilación o exterminio sistemático y deliberado de un grupo social de forma total o parcial por motivos políticos, raciales, religiosos o nacionales*. No obstante, del concepto se eliminó el término “motivos políticos”, de manera que restó elementos preciosos para la elaboración de memoria, verdad y justicia, y afectó algo sustancial, el reconocer la *identidad* del grupo afectado, que no resultaría nunca ser un grupo político. Una salida alternativa a esta exclusión es la consideración del exterminio de un grupo nacional, sin embargo, Daniel Feierstein (2012) anota que, en este caso, “se operaría un proceso de despolitización” (p. 153).

Otra dificultad para el reconocimiento político del concepto surge, en gran parte, de un factor intrínseco, esto es, su relación con el ascenso de las luchas sociales y políticas, y el control coercitivo que ejerce parte del Estado sobre ellas; además está la que considero puede ser la más difícil de superar, el *negacionismo* de que el genocidio es pensado, planeado y sistematizado, y que esconde que lo que quiere eliminar, más allá de las víctimas, es la transformación del orden macropolítico, pero, sobre todo, micropolítico, según Feierstein (2012), que caracteriza al genocidio por un triunfo sin bajas en combate .

La tarea de desnaturalizar así el concepto de *genocidio*, alejando de él el elemento político, ha cobijado al concepto de “terrorismo de Estado”, considerándolo como una cadena de violaciones y “malas prácticas” de funcionarios aislados (“manzanas podridas”), sin intención de aniquilar una identidad o fuerza cohesionadora políticamente contraria.

La contradicción se establece, entonces, claramente cuando el Estado viola su propia normativa, y construye un sistema autojustificador mientras in-

tenta mantener un equilibrio económico propicio a intereses de la clase dominante. El genocidio en sí mismo es una crisis, una salida controlada hacia la producción de víctimas en masa, que se ha dado desde antes de la existencia del Estado, pero cobra características especiales en el siglo XX.

Una de las características de este siglo es aquella que, desde los distintos cuerpos sociales, al legitimar la violencia con sus diversos registros ideológicos, se han resquebrajado diques civilizatorios quedando sin freno un tipo de agresiones y actos crueles provenientes de fantasías inconscientes individuales, siendo el contexto social el que impone el freno a este tipo de violencia. En el genocidio se estimulan hasta ser normalizadas, y luego se propicia el olvido y la repetición.

Así, pues, la necesidad que tiene el imperialismo y las clases dominantes de poner en marcha prácticas genocidas con el fin de retener el poder, es un evento político, voluntario, planificado e imbricado en unas prácticas burocráticas, que se inician ante la crisis del Estado democrático liberal. Por lo tanto, poder aplicar el concepto pasa por un trabajo que demuestre la existencia de memorias, como proceso de historización de unos hechos cuya representación sea de genocidio, que permita confrontar los conceptos de “Guerra civil”, “terrorismo de Estado” o “crímenes de lesa humanidad”.

El modelo del genocidio

Freud mencionó: “Comprobamos asombrados que el progreso ha concluido en un pacto con la barbarie” (Moses and Monotheism, 1939, p. 145), y se refería a la indiferencia, a la complicidad del mundo frente al nazismo, que, por cierto, ha sido considerado como el modelo de la práctica genocida moderna, no por el número de víctimas o por la crudeza con que produjo muertes, tampoco por venir de un Partido con gran poder, fuerza y radicalismo en sus objetivos, sino por factores más precisos:



- 1 La eficacia de su propaganda cohesionadora de mayorías civiles y de aliados regionales, y la infiltración a manera de quinta columna a otros países.
- 2 El trato de ciencia a una idea máxima fanática sobre la pureza, la que adhirieron antropólogos, filósofos, historiadores, etnólogos, juristas, economistas, teólogos, médicos, etc.
- 3 La exitosa deshumanización de las víctimas y el sustrato social que las sostenía mediante la destrucción del lazo, de la solidaridad y del reconocimiento del otro desde la empatía, que corresponde en lo individual a la destrucción del espíritu o quebrantamiento de la personalidad.
- 4 La sistematicidad que elevó la ideología racista y hegemónica de plenitud y perfección a método, impidiendo excepciones sobre el diferente, y con ello, hacer inapelable sus percepciones, juicios y determinaciones.
- 5 La elevación de acciones criminales y del asesinato a producto industrial, mediante el uso de burocracia y tecnología planificada de quebrantamiento de la identidad y la personalidad de los grupos atacados, con la proyección de un producto indispensable para la realización y repetición del genocidio: *el perpetrador*.

Estos factores así desplegados, imprimieron un cambio profundo en la imagen que el ser humano tiene de sí mismo, y corresponde a la pérdida de la dimensión ética.

Este modelo de destrucción se llevó por delante toda la construcción cultural de la ética, que reclamó

como suya el hombre europeo; ética que ocupó el centro de significación y sentido de un mundo que también produjo al nazi, y que luego se diluyó y distribuyó por todo el mundo de manera inaparente en lo restante del siglo XX; misma ética que impulsó la hegemonía capitalista tal como la conocemos en la dinámica de acumulación/despojo, impunidad/indiferencia.

Muestra de ello, están los relatos como el de Eli Wiesel, sobreviviente de los campos de concentración: “En el principio estaba la creencia, la tonta creencia, y la confianza, la vana confianza; y la ilusión, la peligrosa ilusión. Creíamos en Dios, teníamos confianza en el hombre y teníamos la ilusión de que en cada uno de nosotros existe una chispa divina que poseemos –la imagen divina en nosotros es si no la causa, sí la fuente– de todas nuestras desgracias” (Kijak, 2008, p. 88). Este testimonio nos acerca a la comprensión de la catástrofe social y lo profundamente conmocionador de la naturaleza humana, que rebela la dialéctica destructividad/creatividad de la siguiente manera:

- 1 En lo individual, produce fragmentación psíquica, con lo cual queda sin posibilidad de despliegue creativo y de gozo de la conexión emocional; en el perpetrador produce deshumanización por pérdida de la empatía, ética y desgaste de los elementos de representación, con regresión a interacciones de tipo psicótico en el sentido de la existencia en un mundo de objetos bizarros.
- 2 En lo colectivo, el nazi/capitalismo expresado en intolerancia a otras formas de entender y actuar las relaciones sociales, comerciales, políticas etc., establece un sistema rígido, que no admite la pérdida, el límite, no tolera la verdad de la multimodalidad y variabilidad, la heterogeneidad; por lo tanto, esgrime una mono-idea acerca de no admitir dispersión, sino mantener una concentración en un referente como la ganancia o acumulación ilimitada, o la superioridad racial, que es también una supuesta superioridad de clase. Así queda aislado sin articulación con otras ideas, en consecuencia, no entra en crisis ni se transforma, rechaza cualquier duda. Son las aspiraciones del pueblo a manejar su destino, lo que ofende a los perpetradores que se sienten llamados a la venganza y a disponer las condiciones de su existencia.

En Colombia, el intervencionismo y penetración desde Estados Unidos, la reprimarización de la economía, el derrumbe de la soberanía, reingeniería de las Fuerzas Militares, reestructuración de la justicia, militarización completa de la vida civil y la desarticulación territorial, con la creación de zonas de consolidación y de una guerra psicológica demonizadora desatada contra la insurgencia y su

El silenciamiento del opositor, el retener todo el poder para sí y obligar al otro a darlo todo, son el contexto de la crisis; así, el efecto del genocidio es logrado mediante la aplicación de actos crueles que requieren de una cadena de muertes

base social, pueden relacionarse con el genocidio:

- 1 Al implantar una nueva forma de identidad-subjetividad (“los buenos somos más”), puede reducir los hechos y la representación del conflicto a una contienda, donde “ganaron los buenos”.
- 2 Se suprimió la historia y se silenció la protesta social durante varios años, con métodos confusionantes de intervención comunicacional y de militarización de la vida civil útil a las lógicas neoliberales, que, finalmente, eliminaron la percepción sobre la tortura, persecución, estigmatización y la imposición de un modelo económico.
- 3 Se dio el nombre de “guerra” a una serie de hechos en los que se asesinó, desapareció, violó y desplazó un significativo número de personas, que incluyó todas las formas de destructividad hasta llegar a la desaparición de poblados, y, por consiguiente, repoblamiento por colectivos diferentes, afectos a la política estatal. De esta cruenta incursión queda una estela de fosas comunes, desaparecidos, asesinados en masacres con desmembramiento, y formas novedosas y bárbaras de eliminación de los cuerpos, territorios ametrallados, arrasados, fumigados, vinculados, en su mayoría, a proyectos agrarios y al activismo sociopolíticos, sindical, periodístico y a cualquier disidencia partidaria; y pobreza con retroceso cultural, correspondiente a conveniencias del mundo empresarial globalizado propio del nazi-fascismo.

Por ello, la historia, tal como nos la presenta Walter Benjamin, debe ser leída a “contrapelo” para romper ese encadenamiento maligno que impone la

naturalización de hechos violentos, la transformación de identidades, pactos denegatorios e ideologías del sinsentido que, como fatalidad, repetimos oprobiosamente.

Crisis del Estado democrático

El fracaso del Estado democrático lo lleva a transformarse en Estado terrorista. Apela a métodos planificados de intervención sobre las demandas legales: primero, haciéndolas ineficaces, y restando eficacia a las organizaciones y a la representación de sectores populares, y luego, utilizando la destrucción de la memoria histórica, valores grupales y la identificación solidaria con el dolor del otro, para atacar la subjetividad que sostiene lo social mediante la llamada “cultura del terror”.

Faltan dos componentes esenciales que aportara el Estado Terrorista: El accionar clandestino global del Estado militar, y el crimen y terror como método fundamental. Así, con este modelo las acciones clandestinas sustituyen las legales del Estado público porque las acciones legales no alcanzan a reprimir ciertos objetivos criminales. Así, el Estado Terrorista es la culminación del Estado militar eficiente (Duhalde, 2006, p., 25).

Al aparecer la violencia preventiva y al no distinguir enemigos externos de internos, nace la teoría de “Seguridad Nacional” y las variantes aplicadas por Estados Unidos en América Latina con la idea de defender el “modo de vida occidental”, idea máxima que justifica el no reconocimiento de la degradación de sus instituciones, quedando el camino libre a una “depuración experimental”, que puede evidenciarse en el ajusticiamiento de habitantes de calle, enfermos mentales o sectores marginales, que son prueba de su inoperancia y degradación. A partir de allí, escala en un proceso gradualista destructor de la

legalidad y juridicidad, que alcanza luego los sectores que idóneamente portarían la posibilidad de su transformación. El modelo es la cacería: persecución, aislamiento, atrapamiento, y posesión y disposición del cuerpo.

La crisis de la democracia que lleva al “estado de excepción” se hace permanente. Solo al alcanzar dicha estabilización se precipita el genocidio, pues se requiere que el estado clandestino se fortalezca y se entrelace con el estado legal, dada por asimilación de la parte clandestina ilegal en la legal.

Se evidencia claramente el deterioro de la seguridad jurídica de los derechos económicos y laborales hasta el punto crítico de destrucción de los Derechos Humanos fundamentales. El silenciamiento del opositor, el retener todo el poder para sí y obligar al otro a darlo todo, son el contexto de la crisis; así, el efecto del genocidio es logrado mediante la aplicación de actos crueles que requieren de una cadena de muertes (no una ni la más significativa como en el magnicidio), así mismo, requiere borrar el sentido y llevar al otro al orden de lo irreparable, que es la desaparición sin valor residual al punto de no soportar ni los restos mortales, por lo cual los trata como cosas o los reduce a trozos irreconocibles. El goce sin límite, la solución nazi, puede entonces materializarse.

El genocidio opera perfectamente a través de la democracia, cabalga sobre la globalización mercantil y, en los países periféricos, se ha puesto el disfraz humanista, lo cual queda descrito con las consideraciones de Humberto Cárdenas y Álvaro Marín (2006) sobre las Naciones Unidas y el discurso de los Derechos Humanos, que encubren el genocidio, pues en realidad son el espacio en donde las multinacionales imponen las políticas para violarlos, construyendo, a partir del Estado, nuevos ordenes locales para operar con las corporaciones protegidas.

En el caso particular, “el proceso de globalización mercantil vive una experiencia singular en Colombia en donde se ha experimentado la aplicación del proyecto a sangre y fuego, y se ha contado con la inveterada sumisión de los gobernantes colombianos ante la política exterior norteamericano” (Cárdenas & Marín, 2006, p. 44).

Prevención del genocidio

El ser humano con su humanidad ha producido el genocidio. El contacto con las víctimas y su afectación, que en realidad es la afectación de todo el género humano, nos da la ilusión de revertir estos hechos, en parte, por mirar atrás para ver el desastre y querer recomponerlo todo, como lo significó Walter Benjamin (2002) con aquel cuadro de Paul Klee llamado **Angelus Novus**, en este cuadro se representa a un ángel que mira la catástrofe del pasado, “querría demorarse, despertar a los muertos y reparar lo destruido” (p. 101). En ese mismo sentido, pensar en prevenir el genocidio es también humano.

Prevenir el genocidio requiere estudiar el origen de esos crímenes. La modernidad ha depositado en el Estado la canalización de la venganza que los mueve; según Raúl Zaffaroni (2010), el Estado moderno presenta una tendencia paranoide, que llega a la psicosis paranoica cuando proclama la emergencia, siendo entonces un Estado loco que sufre un grave error de significado. Anota, además, que la víctima viene a encarnar el mal de la sociedad, por lo cual crea un enemigo para canalizar la venganza con un sacrificio masivo.

En concreto y a favor del genocida, la sociedad tendría que prevenir el genocidio mediante la denuncia de las técnicas de homicidios masivos y destrucción del lazo social; demostrar el fracaso de la fórmula amoral de matar para conservar la acumulación y verticalidad del poder de los países centrales; develar



los discursos justificatorios y de negación, que convierten el genocidio en guerras contrainsurgentes o crímenes aislados de lesa humanidad, haciendo que se piense en una confrontación de dos sectores de la sociedad; así, es más fácil de manejar para el sector genocida.

Develar que el olvido y repetición es un legado genocida, deja una experiencia reparadora a la presente generación, que no tiene que pasarla a sus hijos, evitando, de este modo, la llamada “transmisión transgeneracional de los efectos del genocidio”. Para la generación siguiente al genocidio, es muy difícil pensarlo, reconocerlo y vivir sus efectos, pues la sociedad queda militarizada, imponiendo las lógicas genocidas como cambio cultural. Se da un espacio irrepresentable, sin lenguaje y sin historia, como un fantasma, un cierto extrañamiento en individuo y comunidad; se hacen innumerable los asesinados, desaparecidos, desplazados, ametrallados, presos políticos, caídos en combate; queda establecido el rencor y el resentimiento, que no permite un desarrollo y proyección propios, que no deja sino el camino a la repetición.

Al respecto Feierstein (2008) nos dice, que el torturado, el perseguido, el asesinado, son convertidos por la violencia en desechos de su propia humanidad, el desaparecido se transforma en un “alma en pena” sin sepultura, representante paradigmático del aniquilamiento de los sistemas simbólicos y de los ritos reguladores del pasaje de la vida a la muerte.

De otra parte y para finalizar, el reconocimiento de lo perdido trae la recuperación del eje tiempo-historia, que dispara un proceso creador y confrontador con la historia, que es el pasado en el presente. Así, se recupera el derecho a la divergencia, a defender la marginalidad y a fundar una visión desde un nuevo orden que dé testimonio de su verdad.

Referencias bibliográficas

Cárdenas, H. y Marín, A. (2006) La Biodiversidad es la cabalgadura de la muerte. Colombia: Traviesa.

Duhalde, D. (2006). El estado Terrorista. Terrorismo de Estado, Efectos psicológicos en los niños. Buenos Aires, Argentina PC.

Feierstein D (2008). Seis estudios sobre genocidio

Feierstein, D. (2012), Memorias y representaciones sobre la elaboración del genocidio. Buenos Aires, Argentina: FCE.

Kijak, M. (2008), Laberintos de la Violencia. B Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: LE (Lugar Editorial)

Moses and Monotheism, (1939). Standard Edition, vol. 23, Londres, Hogarth, The Institute of Psycho-Analysis, 164.

Zaffaroni, E (2010), Crímenes de Masa. Buenos Aires. EM. Ediciones Madres de la Plaza de Mayo.